



Hambre de superación

Desde hace siete años el misionero comboniano Aldo Sierra Moreno, trabaja en Chama, al este de Zambia. Aquí nos habla de las luchas que debe enfrentar dicha población.

La gente me pregunta cómo apoyar a los africanos. Para responder ayuda mucho la visión comboniana de «Salvar África con África», pues la solución debe venir de ellos mismos. Personalmente, he visto las luchas diarias de los zambianos por sobrevivir y enviar a sus hijos a la escuela.

Un niño paga el equivalente a 200 o 300 pesos mexicanos al año para asistir a la escuela. Para nosotros son ridículas estas cantidades que cobra

el gobierno a cada familia. Pero en un contexto rural donde casi nunca hay efectivo, la gente paga en especie: maíz, frijol, arroz o alguna gallina.

En Zambia, diariamente se enfrenta una lucha para sacar adelante a la familia: en ocasiones veo señoras en los camiones acarreado grandes costales de pescado seco. Ellas esperan hasta tres días en el lago a que salgan los peces, pescarlos, ponerlos a secar y llevarlos a vender para mantener a sus hijos y enviarlos a la escuela.

El ejemplo de James

Estos pobladores tienen «hambre de superación» que nunca había visto en ningún otro lugar. Chama es un municipio de 100 mil habitantes aproximadamente, al noreste de Zambia. Ahí conocí a James Goma. Él es comerciante y es el más rico del municipio.

En una ocasión que fui a visitarlo a su casa, me llamó la atención una foto. Según él, es especial: en ella aparece un camino árido, le pregunté qué significaba, y me explicó: «Este camino lo recorrí muchas ocasiones en bicicleta para traer mercancía. Pedaleaba como 300 kilómetros (de ida y vuelta)». Traía ropa para damas y niños. La gente le pagaba con arroz, el señor lo comercializaba, y así sucesivamente. De esta forma se hizo de dinero. Actualmente tiene una ferretería, una tienda de abarrotes, un camión de carga y, ahora, está por procesar harina de maíz.

Pero lo que más me impresionó fue su comentario: «Nunca olvidaré el lugar de donde provengo, cómo empecé: con sufrimiento y sacrificio». Este es un hombre que no sabe leer ni escribir, pero sus hijos y familiares le ayudan. Me emociona su historia de superación, y conmueve su voluntad, deseo y sacrificio. En esta línea están muchos zambianos.

Pozos de agua

El agua potable en Zambia sigue siendo un problema. Las comunidades están muy aisladas porque son campesinas y necesitan mucha tierra para sobrevivir. Cuando es época de lluvia dondequiera pueden colectar agua; pero durante el



«Estos pobladores tienen “hambre de superación” que nunca había visto en ningún otro lugar»



«En los pozos que abrimos hay más agua porque las excavaciones son hasta de 70 metros de profundidad y son más higiénicos»

tiempo de sequía, que abarca la mayor parte del año, desde abril hasta noviembre, no hay ni gota.

La gente camina muchos kilómetros, escarba hoyos para sacar el agua y por las noches los animales salvajes también beben del mismo líquido, de ahí se derivaban las enfermedades. Entonces los misioneros comenzamos un proyecto para abrir pozos. Hasta el día de hoy hemos perforado 47 en todo el municipio. Solo que las solicitudes son muchas y están rezagadas, pues no podemos cumplir con todas por falta de presupuesto.

En los pozos que abrimos hay más agua porque las excavaciones son hasta de 70 metros de profundidad y son más higiénicos.

La compañía que realiza las perforaciones viene desde la capital de Zambia, recorre mil kilómetros aproximadamente para perforarlos. Por realizar cada pozo cobra 80 mil (pesos mexicanos). Si estuviéramos cerca de la capital, posiblemente con 40 mil pesos los perforaríamos. Recibimos donativos de organizaciones y gente de buena voluntad. Casi todas las ayudas provienen de Europa. La organización española Manos Unidas apoyó con seis pozos. Lo bueno es que la gente da mantenimiento a dichos pozos con sus propios recursos: de vez en cuando hay que cambiar la bomba o los empaques; y para eso el poblado da una pequeña cuota mensual. Un solo pozo da servicio a unas 40 familias. Estas obras son una bendición que Dios nos envía.

Pido una oración para este humilde servidor y su labor en esta localidad.

Texto y fotos:
P. Aldo SIERRA, mccj
Chama, Zambia 📌

Diez kilómetros para decir gracias

El fotógrafo italiano, Andrea Semplici, comparte una conmovedora experiencia en Etiopía.

Meret ha caminado diez kilómetros esta mañana. Llevaba un niño a cuestas y una lata de hierro en la mano. La oxidada y vieja lata de conserva contiene miel sólida, mezclada con cera, grumos y patas de abeja. Los blancos la llamamos miel tradicional. La protegía con un pedazo de plástico.

Meret tiene un aspecto desolado. No se sabe cuántos años pueda tener. Quizá menos de 40.

Es una mujer diminuta, bajita, muy delgada, con el rostro afilado y la cabellera envuelta con un trapo. Su espalda un poco encorvada.

Parece una mujer indefensa, mantiene los brazos hacia adelante. El niño no se mueve en absoluto. Sé que tiene otros siete hijos y que su marido la ha abandonado. Meret ha recorrido este camino sólo para verme un minuto. De haberlo sabido, le hubiera dedicado más tiempo. Ella solo quería postrarse a mis pies. Así hacen aquí en Tigray,



Mujeres etíopes

en el norte de Etiopía, para agradecer. Es signo de respeto y devoción. Juego con mi perplejidad, mis manos tratan de levantarla. Me doy cuenta del niño que permanece inmóvil. Meret permanece con la cabeza inclinada, su mirada fija en el suelo. Su hija Berhane toma la lata de su mano y me la pasa. Es todo.

Esta mujer es una no-historia. La conocí porque una tarde, en una pobre aldea, encontré a Berhane. Daniela había ya pasado por aquí y me había pedido que pasara a saludarla. La busqué equivocando el nombre. Berhane es una muchacha diminuta y bella. Cuando la conocí debe haber tenido unos 18 años. En su rostro tenía grabada un poco de su historia. Signos de su pueblo, los *tigrinos*. Tres cortaditas marcan la cola de sus cejas. Las escarificaciones en las sienes. Me dicen que se las hicieron con navaja de afeitar y ceniza cuando era niña, para alejar el mal de ojo. En su frente tenía una cruz.

Berhane, desde hacía cuatro años, vivía en esta barraca café cercana a un cuartel de soldados. La aldea está en un desierto en la frontera con Eritrea, poblada de inquietudes y gente armada. Interrumpió la escuela a un paso de terminar el décimo grado, la clase decisiva en las carreras escolares de Etiopía. La trajeron junto con la mitad de la gente de su aldea, a este pueblo del altiplano. Aquí el clima es extremoso: va de noches frías a temperaturas tórridas como un horno. A casa, a Meret y a sus hermanos no podía enviarles ni un céntimo, pero al menos no era un peso para la familia.

¿Qué había en tu mirada, Berhane? ¿Qué era aquel abismo de soledad, melancolía y desesperación? Las otras muchachas de las barracas cercanas a la tuya no eran así. ¿Por qué no logré hacer como si nada sucediera? Estoy acostumbrado a África, a las muchachas, a los hombres, a los niños que piden. La diferencia está en mi piel blanca. Es status social. Soy una billetera que camina, decían de mí en mi primer viaje. Estoy acostumbrado a dar la espalda y marcharme, a

bloquear las manos que intentan robarme, a cerrar la ventanilla del coche y desaparecer. Pero no he sido capaz de salir de aquella barraca. Tomé el café, intenté conversar. Llamé a alguien que me tradujera. No entendí mucho.

Salí de su barraca con una decisión. Un poco de dinero, Berhane. Un celular para saber de ti. ¿Qué te gustaría hacer? «Me iría de aquí y volvería a mi aldea». Sé que no sucederá, pero por qué no escuchar al instinto. Un mes después, amigos etíopes pasaron a visitarla y le dejan el dinero y el celular. Una hora más tarde Berhane está ya en un camioncito que va del desierto al más grande altiplano de África. Veinte euros bastaron para darle la esperanza de comenzar una nueva vida. ¡Nunca me lo hubiera imaginado!

Ahora Berhane ha superado la décima clase, frecuenta una escuela profesional, tiene por casa una pequeña habitación, una mesita, una silla, un pequeño armario y una estufita de carbón. Intenta hablar inglés y tiene una computadora (esto en un país donde la electricidad es tan eventual).

Y hoy, al bordo de la carretera aparece esta mujercita que a mí me parece desolada. Meret ha caminado diez kilómetros (y deberá caminar otros diez para regresar a su cabaña) solo para arrodillarse ante quien dio una mano a su hija y regalarme una lata de miel. Yo permanezco de pie, perplejo, incapaz de hacer otra cosa que verla marcharse.

Texto: **Comboni FEM** 



Detener las «fábricas de tortura»

Los misioneros combonianos que realizan su labor en Brasil enviaron la siguiente reflexión sobre la pastoral penitenciaria en ese país: «Si Brasil sigue simplemente acumulando detenidos en estas “fábricas de tortura que generan monstruos” (como las ha definido el coordinador nacional de la pastoral penitenciaria), a este ritmo en poco más de 50 años tendremos un brasileño por cada diez en prisión».

Si quiere
seguir leyendo
suscríbese
aquí